

## Capítulo 1

# FILOSOFIA DEL LENGUAJE: ESBOZO DE JUSTIFICACION

Las palabras pueden matar todo, incluso el amor.  
(Lawrence DURRELL, *Justine.*)

### 1.1 La filosofía

La filosofía es la forma más general y abstracta de la teoría. Como tal, incluye dentro de sí todo tipo de objeto o de problema siempre y cuando se considere el objeto o se plantee el problema en función de sus conexiones totales, y en una perspectiva que alcance más allá de las limitaciones particulares de una metodología específica. Por ello, la filosofía incluirá no sólo todos los tipos de objetos y de problemas, sino que también aspirará a dar razón de perspectivas concretas sobre esos objetos o problemas, perspectivas tales como la científica, la religiosa, la artística, etc. En última instancia, la filosofía aspira a formular las condiciones más generales de toda teoría y de su articulación con la praxis, dando razón, finalmente, de sí misma. La filosofía es la única forma de teoría que se autojustifica (Heidegger) o se autoelimina (Wittgenstein).

Como toda forma de teoría, la filosofía es histórica, y lo es en grado extremo a causa de su generalidad. Todos los cambios en el pensamiento, tales como la sucesiva constitución de los saberes llamados científicos, el desarrollo de la técnica, el descubrimiento de las relaciones entre pensamiento e interés de clase, la pérdida de vigencia de la religión, etc., han tenido repercusiones en la estructura y en el contenido de la teoría filosófica, y en otros casos han sido, en variable medida, consecuencia de cambios en la actitud filosófica. La filosofía, contra lo que pensaba Carnap en los primeros años del Círculo de Viena, sí tiene objeto, y no solamente el lenguaje de las ciencias: también los propios objetos de éstas en cuanto se consideren en sus interconexiones totales, más allá de los límites metodológicos de cada ciencia, y en el contexto de una teoría global que aspire

a dar razón de todo. Esta concepción no coincide exactamente con la concepción de la filosofía como *geometría de las ideas*, que Gustavo Bueno ha sustentado (*El papel de la filosofía en el conjunto del saber*), pero pienso que la incluye. Pues, en efecto, un tratamiento teórico de nivel superior, metacientífico (en el sentido etimológico de más allá de la ciencia), de los objetos mencionados puede presentarse como una geometría, es decir, como una construcción estructural, de las ideas de esos objetos y de las relaciones entre ellas. Aquí hay que mencionar que, dentro de un cierto contexto filosófico, puede haber lugar para el tratamiento de ideas de escaso contenido teórico; nada se opone en principio a que dentro de una filosofía de la técnica se trate de la idea de mesa, o dentro de la filosofía del arte, de la idea de marco (por citar dos ideas de rango un tanto inferior, que Bueno menciona; y recuérdese la «Meditación del marco» de Ortega en el volumen III de *El espectador*). E incluso puede imaginarse algún contexto en el que tenga un sentido analizar ideas como la de suciedad o la de pelo que, por razones epistemológicas y ontológicas muy específicas, tanto azoraban a Platón (*Parménides*, 130 c). Es indudable que, por este lado, el peligro es la caída en la trivialidad y la ampliación del concepto de filosofía hasta convertirlo en un concepto puramente negativo bajo el que subsumir toda actividad intelectual para la que no tengamos otro nombre mejor. Por ello debe insistirse en la necesidad de que la consideración filosófica de un objeto, cualquiera que éste sea, forme parte de un contexto teórico general que cumpla con las condiciones mínimas que vamos a ver.

Una concepción de la filosofía tan amplia como la que aquí estoy presentando tiene el propósito de dejar fuera el menor volumen posible de lo que históricamente se ha hecho bajo el nombre de filosofía. Por ello, mi concepción no ha equiparado la filosofía a una forma de conocimiento; sin embargo, el término «teoría» es lo suficientemente amplio como para incluir una dimensión cognoscitiva, incluso en el caso de que se quiera concebir la filosofía como una ciencia empírica con facultades de predicción refutable (Kuznetsov, «Pero la filosofía es una ciencia»), cuánto más si el tipo de conocimiento que se reserva para la filosofía es una peculiar intuición intelectual (Husserl, *La filosofía como ciencia estricta*). En mi opinión, lo más peculiar de la filosofía hoy no es el conocimiento, el cual, a menos que nos resignemos a dejar su concepto sumido en la más completa confusión, debe quedar reservado para las ciencias empíricas. Lo peculiar de la filosofía es la construcción de teorías del más alto nivel abstracto y general, entendiendo aquí por teoría toda forma conceptualmente elaborada de interpretación de la realidad y de nuestros modos de trato con ella. Algo, por tanto, que excede de la ciencia y del conocimiento en la medida en que una interpretación no tiene por qué ser validada (confirmada o falsada) recurriendo a la experiencia. En esta medida, la filosofía es una forma del pensamiento, aunque no necesariamente del conocimiento. La filosofía, así entendida, incluye también la sabiduría (*sagesse*) que Piaget (*Sabiduría e ilusiones de la filosofía*, p. 231) considera, a diferencia del conocimiento, propia de la filosofía, y que concibe como

síntesis razonada entre las creencias y las condiciones del saber. Lo que me interesa subrayar es el carácter interpretativo de la teoría. Incluyendo o no la dimensión cognoscitiva, tratando de esencias o de ideas, aceptando lo transcendental o negándolo, razonando mecánicamente o dialécticamente, sujetándose a la lógica o intentando sobrepasarla, ocupándose de la ciencia o centrándose en la literatura, atendiendo al lenguaje o dándolo por supuesto, *la filosofía es una interpretación que aspira a ser total, razonada y autónoma*. Interpretación quiere decir representación en la que se asigna a cada parte de lo representado un sentido, una función o un puesto dentro del todo. Total, porque no hay nada que no pueda, en algún aspecto o condición, ser objeto de esa interpretación. Razonada (o como dirían otros: racional) porque requiere razones, esto es, porque la única justificación de esa interpretación es el propio ajuste de las partes en el todo y la utilidad de la propia teoría en cuanto instrumento de orientación conceptual en el laberinto de la realidad. Autónoma, porque su justificación última no le viene de ninguna otra forma de pensamiento o tipo de discurso. Como ya he dicho, la filosofía da razón de todo, incluso de sí misma. Se autojustifica o, llegado el caso, se autoelimina.

Pienso que, básicamente, esta concepción coincide con la de Waismann cuando caracteriza la filosofía como visión («How I See Philosophy», sección VII), aunque su caracterización parece especialmente adecuada para la metafísica y es efectivamente utilizada para una reivindicación de ésta. Yo insistiría en el aspecto subjetivo de la visión atribuyéndole así un carácter interpretativo. En definitiva, las conexiones entre las cosas las pone el filósofo por medio de los conceptos que constituyen su teoría. No son conexiones entre conceptos simplemente, sino conexiones entre cosas, partes o aspectos de la realidad en cuanto interpretados a través de nuestra teoría. O, como ha escrito Gustavo Bueno, una conexión (o como él la llama, *symploké*) «de las cosas por medio de las ideas» (*op. cit.*, p. 232).

La filosofía se distingue claramente de las ciencias por su aspiración de totalidad que le permite incluir dentro de sí, como uno de sus temas, el de la explicación y justificación lógica, metodológica y epistemológica de las propias ciencias. A cambio de esto, la filosofía renuncia a ocuparse de las cosas con el detalle, la minuciosidad y bajo las específicas exigencias metodológicas de las ciencias, y renuncia, por consiguiente, a conseguir el conocimiento necesario para un manejo exitoso de la naturaleza, que constituye, en cambio, el empeño de las ciencias. La filosofía no está, por eso, obligada a hacer predicciones comprobables o falsables, aunque a veces pueda hacerlas. Naturalmente que sí, aceptando esto, se insiste en afirmar que la filosofía es un saber riguroso (por ejemplo, de esencias), y que, en consecuencia, merece el nombre de ciencia, aunque se trate de una ciencia especial, no empírica (Husserl), o se insiste en que la filosofía, debido a su carácter general y fundamentante con respecto a las ciencias, es también una ciencia, sólo que de un tipo general, con respecto al cual las demás ciencias son especializaciones (Kuznetsov), lo único que se está haciendo es ampliar el sentido del término «ciencia» de una manera que me

parece doblemente peligrosa. Peligrosa de un lado porque tiende a ocultar el diferente nivel en el que se desenvuelve la filosofía con respecto a las ciencias y, sobre todo, su independencia y autonomía con respecto a las exigencias metodológicas propias de ellas (exigencias que serán diferentes para las ciencias empíricas y para las ciencias formales, pero ninguna de las cuales tiene por qué cumplir necesariamente la filosofía). Y, de otro lado, peligrosa también porque tiende a reducir el amplio campo de los objetos filosóficos asemejando implícitamente la filosofía a las ciencias existentes, semejanza que viene sugerida por el uso del término «ciencia», por muchos calificativos que a continuación queremos añadirle. Esta es, por cierto, la confusión en la que se mueve la discusión de Husserl sobre la falta del carácter científico en la filosofía, al comienzo de *La filosofía como ciencia estricta*, confusión que aquí viene favorecida por la visión altamente idealizada que Husserl tiene de la ciencia (una actitud muy «fin de siglo»), junto con el hecho de referirse conjuntamente a las ciencias empíricas y a las ciencias formales sin establecer las radicales diferencias epistemológicas entre ambas ni sacar de ellas las obligadas consecuencias. Cuando Husserl afirma, en tono de consternación, que la filosofía «no es todavía una ciencia», tiene razón; pero habría que añadir: ni tiene por qué serlo. Es decir, que sobra el «todavía» y el tono de lamentación. Y no deja de ser irónico que, al intentar hacer de la filosofía una ciencia, Husserl la eximiera de las más elementales exigencias científicas de carácter metodológico y lanzara a la filosofía por una de las sendas más apartadas y divergentes del camino científico que ha conocido el pensamiento moderno. Esto es algo que, por esa época, Wittgenstein tenía muy claro: «La filosofía no es una ciencia natural; la palabra 'filosofía' tiene que referirse a algo que está o por encima o por debajo de las ciencias naturales, pero no junto a ellas» (*Tractatus*, 4.111; Wittgenstein no menciona las ciencias formales porque tiene también perfectamente claro que éstas no tratan de la realidad). Aunque esto no implica que la filosofía haya de reducirse, como Wittgenstein pretende, a una tarea aclaratoria, por lo demás, de justificación metodológica muy problemática desde los supuestos del *Tractatus*.

La filosofía, como teoría total, razonada y autónoma, puede incluir, y ha incluido en diferente proporción según las épocas y los pensadores, todo lo siguiente.

En primer lugar, una concepción general de la realidad, que naturalmente puede empezar por decidir qué es lo que se va a aceptar como real y lo que no, concepción que para algunos equivale a una teoría general de los objetos, esto es, de lo que hay, de lo que se acepta como objeto del pensamiento, o del lenguaje, y que llamarán ontología, aunque otros preferirán llamarla metafísica, reservando acaso el término «ontología» para una teoría acerca de cierta dimensión de lo que hay, o de parte de lo que hay, a saber, la dimensión que consiste en ser. En el pensamiento contemporáneo más atento y próximo a los saberes científicos se tiende a vincular la concepción de la realidad al contenido del conocimiento científico de dos maneras distintas. Por una parte, se sugiere que la metafísica, en cuanto

teoría máximamente general acerca de lo real, puede suministrar hipótesis a las teorías de las diferentes ciencias (Russell, «Logical Atomism»); de otra, se recomienda que una concepción de la realidad se base sobre los resultados de las ciencias y los sintetice, supliendo de esta forma la división y la parcelación del conocimiento que ha traído el desarrollo moderno de las ciencias (y hay que subrayar que una metafísica así entendida era admitida por el propio Carnap, cuyo famoso artículo «Superación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje» únicamente iba dirigido contra la metafísica entendida como conocimiento de esencias; cfr. la primera de sus notas de 1957 sobre el artículo citado en la recopilación de Ayer, *El positivismo lógico*).

En segundo lugar, una teoría sobre el hombre y su relación con el mundo (tema que desde el punto de vista académico se estudia bajo el epígrafe de «antropología filosófica»), que incluye una consideración de lo que es propio del individuo en cuanto sujeto de experiencia, y que da lugar a interpretaciones como la del carácter personal del individuo, o su formulación como una estructura integrada por yo más circunstancia, o se desarrolla como una teoría de la conciencia o del alma, o suministra razones para considerar al hombre como un mecanismo. Todo lo último cae bajo la psicología filosófica, también llamada filosofía de la mente. La relación entre estos temas y su tratamiento científico, que tiene lugar en la antropología biológica y en la psicología empírica, no tiene por qué diferir de lo que acontece en el caso más general de los temas del apartado anterior, y es obvio que una filosofía que pretenda estar a la altura de los tiempos no puede dejar de tener en cuenta lo que los antropólogos y los psicólogos científicos han aportado a nuestro conocimiento del hombre. Aquí se puede agregar también lo que se refiere a los dos tipos de valoración que poseen mayor alcance en relación con el tema del hombre, a saber, la valoración ética y la valoración estética. Y, asimismo, todo cuanto tiene que ver con ciertos aspectos peculiares de la vida humana, como son los aspectos social, político y jurídico. Y, en última instancia, la historia.

Tercero, una teoría sobre el carácter, condiciones, alcance y límites de las diferentes formas de conocimiento, y muy en particular, por lo que se refiere a la época moderna, del conocimiento científico.

Cuarto, una elaboración de las formas de razonamiento y de los requisitos de su respectiva validez, que es la tarea de la lógica. En conexión con ello, un estudio del carácter y fundamentos de los sistemas o ciencias formales, como la matemática.

En quinto lugar, una interpretación de la función del lenguaje, que puede incidir en cada uno de los apartados anteriores, según trate del lenguaje en cuanto incorpora una interpretación de la realidad, o bien del lenguaje en cuanto contribuye a la constitución de la conciencia o en cuanto es el medio primordial en el que se expresa el conocimiento, las diferentes valoraciones y cierta considerable porción de los productos culturales, o bien en cuanto el lenguaje puede compararse hasta cierto punto con un cálculo lógico.

Sexto y último, la filosofía puede, como ya he mencionado, tratar de sí misma (metafilosofía), dando razón de su propia validez y justificación y estableciendo sus propios límites. Esto es lo que hace que las presentes páginas sean también estrictamente filosóficas. Y por esta razón las tendencias filosóficas a menudo difieren no sólo en la manera de plantear ciertos temas o en el modo de solucionar tales problemas, sino más aún en la concepción que tienen de su propia tarea. Ciertamente, un buen número de filósofos rechazarían la amplia caracterización que en estos seis apartados he hecho del contenido de la filosofía, eliminando uno o varios de esos aspectos y reduciendo o reformulando el alcance de otros. Como ya he advertido, esta caracterización es a propósito omnicomprendensiva y pretende estar históricamente fundada. Pero yo mismo no estaría dispuesto a dar la misma importancia ni idéntico alcance, en la situación actual, a todos los aspectos reseñados. Añadiré que este aspecto metafilosófico que ahora brevemente estamos viendo incluye esa terapéutica lingüística que consiste en eliminar problemas filosóficos mostrando que su planteamiento es debido a errores de lenguaje, práctica que Wittgenstein puso de moda en el pensamiento contemporáneo y que, en una especie de autoaniquilación nihilista a la que ya me he referido antes, le llevó, a mi juicio equivocadamente (y la equivocación consistió en considerar la filosofía como conocimiento y no como interpretación), a defender la imposibilidad teórica de la filosofía en el sentido de cualquiera de los cinco apartados precedentes.

## 1.2 La filosofía del lenguaje

¿Qué pasa, entonces, con la filosofía del lenguaje? Es claro que, en un primer aspecto, una filosofía del lenguaje no tiene otra justificación que la que pueda tener una filosofía del hombre, o de la sociedad, o del derecho, o de la naturaleza, o de la historia, o del arte, o de la religión...

En un segundo aspecto, sin embargo, la filosofía del lenguaje tiene hoy una actualidad y un puesto central dentro del sistema de los saberes filosóficos que, como el que en otros tiempos tuvieron la filosofía del ser, la filosofía del conocimiento o la filosofía moral, obedece a muy específicas condiciones, tanto externas al propio desarrollo filosófico como internas a éste. Con la inevitable exageración que comporta este tipo de afirmaciones, se ha dicho que la filosofía del siglo xx ha descubierto el lenguaje. Por imperativo de sobriedad, limitémonos a reconocer que el lenguaje ha sido uno de los grandes temas de la filosofía de nuestro siglo, y más todavía en su segunda mitad. En términos muy generales, por los dos tipos siguientes de razones. Razones externas, como el hecho de que solamente en nuestro siglo se haya constituido una ciencia del lenguaje, que desde las aproximaciones de Saussure ha llegado al considerable grado de desarrollo que presenta en la obra de Chomsky y sus continuadores. Razones internas, que pueden resumirse en el hecho de que, por primera vez en su historia, la filosofía ha cobrado conciencia de que su medio natural y único de expre-

sión, el lenguaje, puede, por su propia estructura en unos casos, por la manera como era usado en otros, haber estado condicionando el planteamiento y solución de ciertos problemas filosóficos. O de todos. A través del análisis del lenguaje la filosofía ha tomado distancia de sí misma y se ha puesto en cuestión. En un caso extremo el resultado ha sido la negación del sentido de sus proposiciones y su autoeliminación como discurso (Wittgenstein). En otro, se ha venido a reconocer que sin una reflexión suficiente sobre el lenguaje nunca sabremos verdaderamente qué es filosofía (Heidegger).

El grado de la atención dedicada al lenguaje, la metodología empleada y los resultados obtenidos han variado ampliamente según la tendencia filosófica de que se trate. En mi opinión, las corrientes filosóficas características del siglo xx en Occidente y con mayor vigencia actual pueden dividirse en tres grandes grupos: el enfoque especulativo, el enfoque dialéctico y el enfoque analítico.

Dentro de las tendencias de tipo especulativo incluyo todas aquellas formas de filosofar que se vinculan a alguna doctrina metafísica, reconociendo, por tanto, la legitimidad epistemológica del discurso metafísico. Por lo que respecta al lenguaje, estas tendencias tienden a estudiarlo en el contexto de una antropología filosófica o de una filosofía de la conciencia, y hacen lo que, para abreviar y a reserva de matizaciones que haré ulteriormente, podemos llamar una *teoría transcendental* del lenguaje. Sus episodios más sobresalientes, y salvando todas las diferencias que existen entre unos y otros, son la teoría de la significación de Husserl, las reflexiones de Heidegger sobre el lenguaje, especialmente en sus últimos escritos, la visión del lenguaje en el contexto de la hermenéutica, en Lipps y Gadamer, el estudio de los símbolos en Cassirer y Ricoeur, el pensamiento de Merleau-Ponty y la gramatología de Derrida. En este ámbito filosófico la preocupación por el lenguaje ha sido más tardía que entre las tendencias analíticas y ha tenido también menos importancia en general. Qué fecundidad tenga este enfoque y qué utilización podamos hacer de él es algo que veremos en su momento ulteriormente.

Incomparablemente mayor ha sido la atención dedicada al lenguaje en la filosofía analítica, y también más decisiva para los resultados de este grupo de tendencias, hasta el punto de que la preocupación por el lenguaje y el análisis del mismo es precisamente la característica más peculiar de este enfoque filosófico. Aquí, el estudio del lenguaje se ha realizado en el contexto del desarrollo de la lógica simbólica y de la filosofía de la ciencia, por lo que ha tenido especial relieve el análisis de las características lógicas o formales del lenguaje, su relación con los cálculos lógicos y, por lo que toca a la relación entre el lenguaje y el mundo, las consecuencias de la verdad y la falsedad y lo que implican estas categorías. Los momentos fundamentales de esta evolución son la teoría del significado de Frege, el atomismo lógico de Russell y el primer Wittgenstein, la filosofía del lenguaje corriente que preludia Moore, se inicia con el segundo Wittgenstein, y continúan Austin, Ryle y Strawson, el pensamiento de Carnap, que va

desde la sintaxis lógica a la semántica formal, las teorías semánticas de Quine, Davidson y Lewis, la teoría del significado de Grice y la teoría del lenguaje de Montague. Aquí hay que incluir asimismo las derivaciones filosóficas de la lingüística, tan patentes en Chomsky y en Katz. También pasando por alto diferencias y precisiones que en su momento haré, puede resumirse el carácter genérico de este enfoque diciendo que desde él se aspira a elaborar una *teoría formal* del lenguaje.

Las filosofías dialécticas son las que parecen haber llegado más tarde a una consideración temática y particularizada de los problemas del lenguaje, probablemente porque su atención hacia la praxis social y política y el papel que en estas tendencias juega la relación entre teoría y praxis, ha contribuido a ocultar la importancia que tiene el lenguaje para la teoría, así como la función que desempeña en la formación y transmisión de la ideología. Sin embargo, hay ya en los clásicos de estas tendencias, Marx y Engels, consideraciones sumamente agudas sobre la relevancia del lenguaje para la filosofía, y hay algún pensador como Voloshinov quien, en época todavía temprana como es el comienzo de los años treinta, tenía ya una clarísima idea de la importancia que una filosofía del lenguaje tiene para un correcto y fecundo planteamiento del problema de la ideología (pero debido a los avatares de la política, concretamente a las purgas estalinianas, Voloshinov ha estado perdido para el pensamiento occidental durante cuarenta años; cfr. mi artículo «Lenguaje, ideología y clases sociales»). Dentro de este enfoque dialéctico, que encierra todas las formas de filosofía marxista desde el leninismo a la filosofía crítica del grupo de Frankfurt, hay que mencionar como aportaciones más destacadas, además de la teoría semiótica de la ideología de Voloshinov, la semántica de la comunicación de Schaff, la discusión sobre el carácter clasista del lenguaje en Nicolás Marr y Stalin, y la concepción del lenguaje como trabajo y como mercado en Rossi-Landi, quien constituye, en mi opinión, el primer intento sistemático de construir una teoría marxista del lenguaje. Para resumir también en este caso el carácter más típico de esta forma de pensamiento, podemos decir, con análogas salvedades a las ya hechas, que su propósito es hacer una *teoría social* del lenguaje.

Hay que reconocer que ciertas manifestaciones de las escuelas y tendencias anteriores son formalmente incompatibles con las de otras, tanto en sus planteamientos más generales, metodológicos y epistemológicos, por ejemplo, como en su doctrina sobre el lenguaje. Por poner un ejemplo extremo, la filosofía del lenguaje del primer Wittgenstein parece claramente incompatible con todas las demás (¡incluida la del segundo Wittgenstein!). De otra parte, la del segundo Wittgenstein es a primera vista incompatible tanto con teorías marxistas sobre el lenguaje como con concepciones especulativas en general; aunque la inversa no siempre es cierta, pues recuérdese que Rossi-Landi ha defendido la posibilidad de una utilización dialéctica del segundo Wittgenstein («Per un uso marxiano di Wittgenstein»). E igualmente, dentro de un mismo enfoque, no todos los pensadores estarán de

acuerdo en rechazar otras perspectivas. Así, mientras que Ponzio (*Producción lingüística e ideología social*) considera ideológica toda teoría formal del lenguaje, Schaff, en cambio («Sobre la necesidad de una investigación lingüística marxista»), se conforma con exigir la introducción de una perspectiva sociológica que completaría la consideración formal propia del enfoque analítico. En la investigación que sigue pretendo mostrar las aportaciones más características y más iluminadoras que los principales protagonistas de cada tendencia han realizado al tema del lenguaje, juzgando las supuestas incompatibilidades entre ellos en función de una voluntad de integración para la que lo decisivo a la hora de la crítica serán únicamente las propias dificultades, incoherencias y oscuridades de cada doctrina. Pero en principio espero evitar el prejuicio de aceptar una única perspectiva, y espero asimismo poder ofrecer una visión, una interpretación, una teoría del lenguaje, lo bastante rica para no dejar fuera completamente ninguna perspectiva suficientemente original, rigurosa y responsable.

### 1.3 Las ciencias del lenguaje

Una última palabra sobre otras disciplinas teóricas que se ocupan del lenguaje. En primer lugar, la propia ciencia del lenguaje, la lingüística. En cuanto ciencia, y por tanto conocimiento y explicación, de algo empíricamente dado, como es el lenguaje, la lingüística está sujeta a todas las limitaciones metodológicas propias de las ciencias y, como cada una de ellas, posee un campo suficientemente delimitado, sin que sea de su competencia ni el asunto de las relaciones entre el lenguaje y otros fenómenos distintos, ni la integración de sus resultados en un sistema teórico más amplio. La lingüística puede suministrar un conjunto de afirmaciones sobre el lenguaje, la mayor parte de las cuales serán en alguna medida empíricamente contrastables, y sobre cuya base se aspirará a hacer predicciones válidas. Como es natural, esta caracterización es lo bastante amplia como para permitir todas las diferencias existentes entre las distintas concepciones de la lingüística. Aquí hay, además, que tener en cuenta que la lingüística es probablemente la ciencia de constitución más reciente. Desde la antigua filología histórica del siglo pasado hasta la lingüística transformacional hay una línea cuya primera inflexión importante es Saussure, y que conduce hasta Chomsky a través de nombres bien conocidos, como Jakobson, Trubetzkoy, Sapir, Hjelmslev, Bloomfield, Harris, etc. Hay razones para afirmar que, en un sentido pleno, la lingüística sólo se constituye como ciencia con Chomsky, y por ello cualquiera que se interese hoy día por el lenguaje desde cualquier punto de vista tiene que habérselas con él. Desde luego que para los pensadores que juzgan que la filosofía constituye una peculiar forma de conocimiento que alcanza más allá de la experiencia sensible, y que por tanto traspasa los límites de la ciencia, lo que ésta tiene que decir sobre el lenguaje puede resultar insuficiente o irrelevante, o ambas cosas.

Tales pensadores propenderán a desarrollar su reflexión sobre el lenguaje al margen de la lingüística, con independencia de ella y, frecuentemente, en ignorancia de sus resultados. Esta actitud es, además de peligrosa, injustificada. Tiene el peligro de que puede conducir al filósofo a descubrir mediterráneos, a obtener conclusiones que, en la soledad de su gabinete, le parezcan profundas verdades sobre el lenguaje (no hay propiedad filosófica más peligrosa que la profundidad, pues con frecuencia se reduce a mera oscuridad), cuando son ya triviales y antiguas aseveraciones que la lingüística, o alguna otra de las disciplinas científicas que se ocupan del lenguaje, vienen confirmando tiempo ha. Y tiene también el peligro de que puede llevarle a un pantano de irrelevancias, en el que las pretendidas verdades no sean sino un conjunto de proyecciones subjetivas y de extrapolaciones arbitrarias tan ajenas al desarrollo del conocimiento que resulten inútiles y estériles por completo. Ya veremos algún ejemplo de esto en su momento. Y es también injustificada esta actitud, porque en una época tan caracterizada por el desarrollo de los conocimientos científicos como la presente, prescindir de ellos a la hora de hacer filosofía sobre algo que es también objeto de la ciencia, equivale a colocarse en una situación precientífica, y por lo mismo arcaica; es, simplemente, no estar a la altura de los tiempos. Naturalmente esto no solamente es válido para el tema del lenguaje, sino que lo propio habría que recomendar para una filosofía del tiempo y el espacio, de la materia, de la sociedad, etc.

En conformidad con la caracterización precedente de la filosofía, hay que notar que la relación entre la filosofía del lenguaje y la lingüística no se limita a que la primera haya de tener en cuenta los resultados de la segunda (y probablemente también a la inversa). La lingüística es tema a su vez de la filosofía del lenguaje en lo que se refiere a los problemas metodológicos y epistemológicos que aquélla presenta. Para una concepción estrictamente neopositivista de la filosofía del lenguaje, y por tanto exageradamente cientifista, la filosofía del lenguaje, especialmente si se entiende como del lenguaje natural (dejando, por tanto, aparte el estudio de lenguajes formalizados), tendería a reducirse a ese estudio lógico, metodológico y epistemológico de la lingüística. Resulta irónico que esta posición haya sido defendida precisamente por un chomskiano, y como tal muy crítico del neopositivismo, como es Katz («What's Wrong with the Philosophy of Language?», escrito junto con Fodor). Años después, no obstante, el propio Katz ha modificado su posición para reconocer a la filosofía del lenguaje un campo netamente distinto al de la filosofía de la lingüística, campo que tiene como tema el conocimiento conceptual, y que él define como «aquel campo en el que se aspira a aprender lo que pueda aprenderse sobre el conocimiento conceptual a partir del modo en que tal conocimiento se expresa y comunica por medio del lenguaje» (*Filosofía del lenguaje*, capítulo 1). De hecho, a juzgar por el libro de Katz, semejante tarea se reduce a extraer de la lingüística chomskiana las consecuencias relevantes para ciertos problemas filosóficos tradicionales cuya solución puede verse

afectada por el análisis del lenguaje, como son el problema de la analiticidad, el de las ideas innatas o el de las categorías. Pero la teoría del lenguaje aplicada sigue siendo exclusivamente una teoría científica del lenguaje. Mi principal diferencia con Katz (al margen de importantes diferencias respecto al valor y solidez de las conclusiones filosóficas extraídas de la teoría chomskiana, que ya expondré con detalle ulteriormente en otro capítulo) es que considero que la filosofía de la lingüística es también parte de la filosofía del lenguaje, y que pienso que ésta incluye, además de aquélla, no sólo esa tarea de entendimiento conceptual, tan restrictivamente concebida por Katz, sino, asimismo, todo lo necesario para una síntesis de todos los elementos disponibles (y no sólo los suministrados por la lingüística) en una interpretación general del fenómeno lingüístico.

Por lo que respecta a aquellas disciplinas que, dentro de otras ciencias, tratan del lenguaje, como son la biología, la psicología y la sociología del lenguaje, el razonamiento anterior es igualmente aplicable en su primer punto. El estar mínimamente al tanto de los resultados alcanzados en esas disciplinas no puede por menos de enriquecer, apoyar y dar solidez a cuanto el filósofo quiera decir sobre el lenguaje, por mucho que pretenda trascender las limitaciones propias de las mismas. Y sobre todo puede evitarle el bochorno, escándalo todavía frecuente en la Academia y causa importante del desprestigio que la filosofía tiene en ella, e incluso en la calle, de caer en ingenuos errores o crasas trivialidades propias de una época en la que el pensamiento, falto de métodos y de instrumentos rigurosos y científicos, sólo tenía como solución, frente a la superstición y el mito, la defensa de una pura especulación no por racional menos apriorística (en el sentido de empíricamente incontrastada). Precisamente porque la filosofía es histórica, cosa que suelen pasar por alto las tendencias historicistas, no se puede hacer filosofía al margen de aquello que, en el ámbito del conocimiento y de la teoría, es más característico de la época que vivimos, y determina en mayor medida nuestras posibilidades individuales y nuestras relaciones sociales: la ciencia.

Todo lo anterior es incompatible con la opinión que Chomsky ha expresado no hace mucho de que la distinción entre lingüística, psicología del lenguaje y filosofía del lenguaje parece estar acabando (*El lenguaje y el entendimiento*, cap. 1). Como esta afirmación sólo es comprensible y tiene sentido desde los supuestos de la teoría chomskiana sobre el lenguaje, no la voy a examinar ahora; esperaremos hasta que llegue el momento de considerar en detalle los conceptos fundamentales de la lingüística transformacional. Me limitaré a señalar ahora que esa distinción no ha desaparecido todavía a pesar de la influencia portentosa, y merecida, de la obra de Chomsky, y que su posición se basa tanto en una idea excesivamente restringida de la psicología y de la filosofía del lenguaje como en una expectativa excesivamente optimista sobre el alcance de su teoría lingüística. Pero esto es algo que no quedará claro hasta un momento posterior de esta investigación.

### Lecturas

El concepto de filosofía, en relación directa con el problema de su enseñanza académica, dio lugar hace unos años a una interesante polémica entre los profesores Gustavo Bueno y Manuel Sacristán. Sus obras representativas son, respectivamente, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (Ciencia Nueva, Madrid, 1970) y *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (Nova Terra, Barcelona, 1968). Mis opiniones quedan del lado de Gustavo Bueno, aunque mi admiración es idéntica hacia ambos. Un interesante y perceptivo diagnóstico sobre la situación de la filosofía en el mundo actual es el que ofrece Emilio Lledó en *La filosofía, hoy* (Salvat, libros GT, Barcelona, 1975). El libro de Pedro Cerezo, *Metafilosofía* (Labor, Temas de Filosofía, Barcelona, en preparación) constituye un excelente estudio histórico y sistemático de gran alcance sobre la evolución del concepto de filosofía y sobre su planteamiento actual.

Entre las obras extranjeras traducidas me parecen dignas de mención dos obras de introducción a la filosofía, que son: *¿Qué es filosofía?*, de S. Körner (Ariel Quincenal, Barcelona, 1976), y, casi con el mismo título, *Qué es filosofía*, de A. Danto (Alianza, El Libro de Bolsillo, Madrid, 1976). Ambas son obras de orientación analítica, que pueden compensarse con una obra tan clásica y tan aguda, pero para mi sorpresa tan poco conocida, como *Marxismo y filosofía*, de Karl Korsch (Ariel, Barcelona). Un libro muy sugerente, que todo filósofo de fuerte propensión especulativa debería conocer, es *Sabiduría e ilusiones de la filosofía*, de Piaget (Península, Barcelona, 1970). Por último, las relaciones entre ciencia y filosofía son objeto de un atractivo debate en los artículos de Ayer, Gellner y Kuznetsov recogidos bajo el título de *Filosofía y ciencia* (Cuadernos Teorema, Universidad de Valencia, 1975).

Por lo que respecta a obras generales de filosofía del lenguaje en castellano, la situación no era muy buena en los últimos años; actualmente, y por lo que se verá a continuación, la situación está mejorando. *La Filosofía del lenguaje* de Alston (Alianza Universidad, Madrid, 1974) es una pequeña y fragmentaria introducción, útil para algunos temas, pero muy simplista para otros, y en conjunto muy insuficiente. Aunque con parecidas limitaciones, resulta más esclarecedora *El laberinto del lenguaje*, de Max Black (Monte Avila, Caracas, 1969), que es también más extensa. *La Filosofía del lenguaje* de Katz (Martínez Roca, Barcelona, 1971) es fundamentalmente una exposición y ardiente defensa de la teoría chomskiana del lenguaje, de la que se obtienen algunas consecuencias filosóficas no muy agudas, y a la que precede una crítica de la filosofía analítica. Aunque el libro no es muy bueno, lo peor, con mucho, es la versión castellana. *Las Indagaciones sobre el lenguaje*, de Ferrater Mora (Alianza, El Libro de Bolsillo, Madrid, 1970), son un ensayo sobre muy variadas cuestiones filosófico-lingüísticas, y contienen una gran cantidad de información, pero creo que entenderlas bien requiere cierto conocimiento previo del trasfondo sobre el que discurren las consideraciones del autor.

Cuando escribo esto acaba de aparecer en castellano la *Filosofía del lenguaje*, de Kutschera (Gredos, Madrid, 1979), obra que es, sin duda, la que más se parece, por su concepción y por su estructura, al presente libro. Las diferencias entre mi libro y el de Kutschera son, sin embargo, numerosas, como podrá comprobar el lector que tenga la curiosidad de compararlos. Así, por ejemplo, la atención con que examinaremos posteriormente la teoría chomskiana de las ideas innatas o la filosofía del lenguaje del primer Wittgenstein no tienen parangón en la obra de Kutschera, en la que además apenas hay nada sobre temas como la sintaxis lógica del lenguaje de Carnap o la filosofía del lenguaje de Russell, temas que también veremos con cierto detenimiento. A cambio hay, naturalmente, otros temas en los que Kutschera se extiende más de lo que lo hará la presente obra, como son, por ejemplo, la teoría de Humboldt, la hipótesis de Sapir y Whorf o la teoría de la gramática lógica. En fin, el lector encontrará asimismo notables diferencias por lo que hace a la ordenación de los temas y al estilo.

Otra obra parecida a la anterior y de semejante nivel es la publicada por tres colegas míos, y dos de ellos antiguos alumnos, Juan José Acero, Eduardo Bustos y Daniel Quesada, con el título *Introducción a la Filosofía del Lenguaje* (Cátedra, Madrid, 1982). El campo que cubren coincide bastante con el cubierto por la obra de Kutschera y por el presente libro, pero ellos dedican una mayor atención a los aspectos técnico-formales y al tratamiento detallado de algunos desarrollos recientes, como la semántica de la computación o la teoría pragmática del significado. Por su estructura y por su estilo, es obra que se diferencia claramente de las otras dos. Aquí, trabajar en colaboración les ha permitido concentrarse cada uno en temas de su especialización, pero el lector puede tener algunas veces dificultad para percibir con claridad el ajuste de los diferentes temas entre sí. Para desarrollos recientes como los mencionados, el lector podrá ciertamente ampliar con el libro de mis compañeros lo que pueda encontrar en la presente obra.

Con las dos publicaciones anteriores, la bibliografía de obras generales de filosofía del lenguaje ha experimentado, sin duda, una mejora cualitativa de gran trascendencia para el lector interesado en estos temas, quien encontrará en ellas un útil instrumento para iniciarse en esta disciplina. Por lo que respecta a la lingüística, la situación ya era más satisfactoria desde tiempo antes. Me limitaré a citar dos obras excelentes de referencia que cubren muy bien el amplio espectro de la ciencia del lenguaje, la *Lingüística estructural*, de Rodríguez Adrados (Gredos, Madrid, 2.<sup>a</sup> edición, revisada y aumentada, 1974), y la *Introducción en la lingüística teórica*, de Lyons (Teide, Barcelona, 1971). Quienes prefieran iniciarse directamente en la lingüística generativa tienen el manual de Ruwet, *Introducción a la gramática generativa* (Gredos, 1974). Para otras disciplinas que tratan del lenguaje recomendaré dos obras, la *Introducción a la psicología del lenguaje*, de Herriot (Labor, Barcelona, 1977), y los *Fundamentos biológicos del lenguaje*, de Lenneberg (Alianza Universidad, Madrid, 1975). Una reco-

pilación excelente de trabajos de diferentes autores en muy variadas perspectivas (pero con cuidadosa exclusión de la perspectiva filosófica, el autor sabrá por qué) es la *Presentación del lenguaje*, realizada por Francisco Gracia (Taurus, Madrid, 1972).

En cuanto a obras auxiliares, como diccionarios, pueden utilizarse con provecho el *Diccionario de términos filológicos*, de Lázaro Carreter (Gredos, Madrid, 3.<sup>a</sup> edición, 1974); el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, de Ducrot y Todorov (Siglo XXI, Buenos Aires, 1974); el *Diccionario de lingüística*, de Mounin (Labor, Barcelona, 1979), y con idéntico título, el *Diccionario de lingüística*, de Dubois y otros (Alianza, Madrid, 1979). Aunque sea un diccionario filosófico general, por la atención que concede a ciertos temas de filosofía del lenguaje puede ser útil consultar el *Diccionario de filosofía*, de Ferrater Mora (6.<sup>a</sup> edición, Alianza, Madrid, 1979). Para algunos temas de filosofía analítica del lenguaje se encontrará información en la *Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos*, dirigida por Urmson (Cátedra, Madrid, 1979).